

volvió á la India, donde encontró el Cristianismo floreciente, gracias á los trabajos de los padres Barzea, Heredia y otros. Estaban llenos de su fama los países comprendidos entre el Indo y el Mar Amarillo, y parecia verse renovada en su persona alguna de las encarnaciones (*avatar*) de que se habla en sus libros sagrados; no habia prodigio que no se contase del misionero; se decia que hablaba todos los idiomas, que se habia encontrado al mismo tiempo en lugares distantes, que curaba á los enfermos, que resucitaba á los muertos, y que dominaba á los espíritus invisibles.

Disponíase entretanto á hacer el viaje á la China, esforzándose en persuadir al gobernador de Malaca á que le enviase allí con una embajada, pero á su negativa, acompañada de burlas, Javier hizo presente su calidad de nuncio apostólico, que habia tenido secreta hasta entónces, y despues de haberle excomulgado, se embarcó como simple particular. Sabia que el barco le conduciría á la prision; pero tambien allí encontraría Chinos que convertir, y una vez esparcida la simiente, dejaría á la Providencia el cuidado de fecundarla. No pudo realizarse su esperanza, porque la muerte le sorprendió á la vista de la China, como á Moises al borde de la tierra prometida. Los prodigios que acompañaron á su muerte, y la traslación de su cadáver incorrupto, aumentaron no poco el número de los prosélitos, como tambien la devoción al Apóstol de las Indias, de las que fué despues (1747) declarado patrono.

Este fué para los misioneros un nuevo estímulo: de las Filipinas, de Macao, sobre todo de Goa (Roma de las Indias, en la que ya se contaban en 1565 trescientos mil Cristianos nuevos), llegaban sin cesar otros al Japon, donde se atraían el aprecio con su amable virtud, la majestad pomposa de las ceremonias y su celo en asistir á los pobres y á los enfermos. Varios Japoneses, instruidos por los Jesuitas, fueron recibidos en su sociedad, y llegaron á ser misioneros no ménos celosos y mas eficaces. Habiéndose difundido la fe entre los príncipes, las prácticas religiosas se observaban con grande austeridad; ademas, como los obreros eran poco numerosos en aquella fértil viña, los legos suplían á falta de eclesiásticos. Por tanto, los reyes de Bungo y de Arima, como tambien el príncipe de Omura, resolvieron enviar una embajada á Roma para tributar homenaje al Vicario de Cristo y pedirle sacerdotes. Personajes de elevada categoría, elegidos al efecto, marcharon acompañados de algunos misioneros. Pasaron á Macao y á Goa, y llegaron á Lisboa, donde el rey Felipe los recibió de pié y los abrazó, en testimonio de su alta estimación hacia sus príncipes. Fué á visitarlos en persona y mandó que se les tributasen honores en todos los países de su dependencia que atravesasen para ir á Roma. Allí los acogió Gregorio XIII con solemnidad, en pleno consistorio, en el salon regio, en medio del brillo que afecta tanto en

1582.
3 di-
embre.

1585.

las ceremonias romanas, y enternecido hasta derramar lágrimas, exclamó: « Señor, llamado ahora á vos mi espíritu, pues que mis ojos han visto la salvación. » Al poco tiempo murió, y habiéndole sucedido Sixto V, no hubo honores que no tributasen á aquellos embajadores. Los admitió á basarle el pié antes que tres cardenales; quiso que desempeñasen en su coronación las funciones mas distinguidas, como eran, llevar el palio, verterle el agua en las manos, tener la brida de su palafren; los condecoró con la Espuela de Oro, les hizo adjudicar el título de patricios romanos por el pueblo y el Senado; dijo para ellos una misa particular, en la que les dió la comunión por su mano; los recibió ademas en su mesa, donde fueron tratados espléndidamente. Atravesaron cargados de regalos la Italia y la España en medio de una fiesta continua, y Felipe los despidió para el Japon con grandes dones, adonde llegaron, no sin haber corrido grandes peligros, ocho años despues de su partida.

La conversión de algunos sabios producía aun mayor sensación que la de los príncipes: tal fué entre otras la de un tal Dosam, celebrado entre los mas enérgicos pensadores, quien cedió á las razones de los misioneros. Así en los círculos de aquellos insulares, llenos de amor propio, se oía repetir sin cesar: « Dosam se ha hecho Cristiano; el sabio que todo lo sabe no ha encontrado religion mejor que la cristiana, » y muchos de ellos se convertían atraídos por este solo argumento. Los misioneros no se cansan de referir actos generosos de los convertidos y de los apóstoles en medio de una nación tan inteligente; pero pronto no tuvieron ya que narrar mas que la ferocidad de los insulares en dar tormento, y la constancia de sus víctimas en sufrir.

Los frailes Agustinos fueron los primeros que llegaron á las Filipinas, habiéndose visto obligados á proceder de diferente manera con la clase dominante que habitaba en las costas, donde se habia civilizado, y con los Negrillos y los llanos, Bárbaros de lo interior del país, que adoraban toscos ídolos. Llegaron en 1577 diez y siete Franciscanos bajo la dirección de fray Pedro de Alfaro, despues arribó Diego de Salazar, nombrado obispo de Manila, con tres Dominicos, cinco Franciscanos y tres Jesuitas, aumentándose el número de los fieles, hasta el punto de poderse establecer un arzobispado en Manila, con obispos en Cáceres, Nueva Segovia y Zebú. Contábanse en aquellas diócesis á principios del siglo pasado un millon de almas, repartidas en setecientas ú ochocientas doctrinas, y al fin del siglo el número se habia casi duplicado. Los Jesuitas portugueses hicieron mucho en las Molucas desde 1540, y padecieron bastante; pero la conquista de los Holandeses interrumpió su tarea.

El título de islas de los Ladrones, dado á las Marianas por los primeros descubridores, prevenia desfavorablemente contra ellas; pero

el jesuita Jacobo Ladoo de Sanvitores, que desembarcó en sus costas, halló habitantes buenos y dóciles, y se propuso convertirlos. Negándose á oírlo el gobernador de Filipinas, acudió directamente al rey de España, y en honor de la reina Mariana, esposa de este, cambió el nombre á aquellas islas. Traladóse con otros Jesuitas llenos de celo á Guaan, y habiendo convertido al jefe Chipoa, fundó una iglesia en Agaña. Cantaba y bailaba con los insulares, para amoldarse á su pasión, á tales ejercicios; ponía la doctrina cristiana en canciones, y aquellos decían buen Jesus, porque el padre que predicaba su ley se mostraba lleno de bondad.

1660.

1668.

1672.

Pero los bonzos no cesaban de enseñar lo contrario; los privilegiados consideraron una cosa indigna de ellos mezclarse en el bautismo y la comunión con la casta despreciada: algunos Chinos que difundían allí el buddismo, consiguieron excitar sublevaciones, en las cuales Sanvitores, el Padre Medina y otros perdieron la vida. Su obra fué continuada por Don José de Quiroga y Losada, que supo inspirar mejores disposiciones á la isla, y restablecer en ella el orden, de tal manera que el gobernador Saravia logró fundar una administración é introducir el cultivo de las artes. Los naturales se insurreccionaron varias veces contra los dominadores; pero Saravia los sujetó con las armas, y los misioneros con la doctrina. Pasaron estos desde allí á las Carolinas, aun desconocidas, y á su cabeza el padre Bobadilla, enviado para explorarlas; pero solo encontraron martirios.

Los khanes del Mogol estaban aun indecisos sobre la religion que adoptarían; en su consecuencia, el gran mogol Akbar I, escribió en 1582 al rey de Portugal, pidiéndole una traducción árabe ó persa de la Biblia y algunos doctores para explicarla. Trece años despues envió á pedir sacerdotes al virey Alburquerque, quien le envió á Jerónimo Javier, pariente de San Francisco, con otros dos Jesuitas. Akbar los recibió honoríficamente, les dió una iglesia, y las rebeliones de los musulmanes le hicieron inclinarse á los Cristianos, tanto que en el año 1599 la fiesta de Navidad se celebró solemnemente en Lahor. Javier tuvo encargo de escribir dos obras en persa, que fueron: la *Historia de Jesus* y el *Espejo de la verdad*. La lectura del primero de estos libros enterneció á Akbar; un Persa de Ispahan opuso al otro el *Brunidor del Espejo*, tachando de idolatría las prácticas y las doctrinas del Cristianismo. La Congregación de la Propaganda encargó al franciscano Felipe Guardagnoli que contestara, y este lo hizo escribiendo la *Apología pro christiana religione* (1631), obra nada conveniente para musulmanes, en atención á que casi se funda en la autoridad de los papas y de los concilios. Despues de la muerte de Akbar, tres príncipes de la familia imperial recibieron el bautismo; se fundó un colegio en Agra, y una sucursal en Patna

hermosas esperanzas, que no debían llegar á madurez.

Entretanto, otros misioneros habian trabajado con éxito en el reino de Madura, en el centro de la India Meridional, y los Jesuitas Desideri y Freyr quisieron adelantarse partiendo de las costas del Malabar, mas allá del Cáucaso y del Tibet. Despues de haber atravesado el imperio mogol y sus montañas, de las cuales la ménos elevada supera á la mas alta cima de Europa, expuestas unas veces al intenso calor de los valles y otras al frio excesivo de las nieves, se dedicaron á combatir en las escuálidas comarcas del Butan la metempsicosis y la poligamia. Cuando llegaron hasta Lassa, fueron bien acogidos por el príncipe, y concibieron esperanzas que no se realizaron. Aunque á veces se encarecen los resultados, ora de las misiones católicas, ora de las escuelas luteranas ó anabaptistas del Indostan, en realidad son escasísimos. En vano la astucia y la espada de los Ingleses han abierto aquellas vastas regiones, llamadas en otro tiempo Imperio del Gran Mogol: una población miserable pide allí pan á los que le llevan instrucción; una nobleza orgullosa opone á las predicaciones sus ritos mas antiguos que los nuestros, sus abstinencias mas rigurosas, y una moral purísima, aunque no observada. Ademas, ocupados los Ingleses ante todo en el cuidado de conservar aquel manantial de su poder, no solo soportan bajo el nombre de tolerancia religiosa todas las supersticiones del país, sino que las fomentan; asisten al sacrificio de las Satis que se queman en la hoguera del esposo, imponen una contribución á las personas que van en peregrinación á Jagrenat, y saludan con la salva de sus cañones las fiestas de Durga y Kali, contaminadas por fanáticas locuras.

Á fines del año 1600, se trató de enviar gran número de misioneros á Oriente, y los Franceses insistieron sobre todo para que se ordenasen allí sacerdotes de entre los naturales. Se enviaron con tal objeto tres obispos, Francisco Pallú, Lamberto La Motte é Ignacio Cotolendy; repartiéndoles titularmente el Asia Oriental. Establecieron en Siam un seminario, de donde sacaron apóstoles para la China y demas países remotos del Asia. Se lisonjearon entónces de convertir tambien al rey de Siam Schau Naraya; pero pronto se reconoció que no habia en él mas que indiferencia, si bien es cierto que envió embajadores á Francia, en cambio de los cuales Luis XIV mandó á Siam al caballero de Chaumont, que llevó consigo al abate de Choisy y á varios Jesuitas. Por lo que respecta á la tan deseada conversión, no tuvo efecto. Despues los misioneros, en la revolución de 1767, experimentaron una terrible persecución, y fueron expulsados enteramente.

La Congregación de las Misiones, establecida en Francia por San Vicente de Paul, se dedicó á su obra en la insalubre Madagascar, donde los misioneros, despues de tener que sufrir du-

1674.

rante la travesía tempestades y calmas, eran víctimas del clima, sin que su ejemplo apartase á otros de ir á reemplazarlos. El padre Bourdais instruyó y bautizó á muchos indígenas; pero las esperanzas concebidas se desvanecieron al ser destruida la colonia.

No hay, pues, país donde no haya resonado la voz de los misioneros. « Mares, tempestades, hielos del polo (dice Chateaubriand), ardores del trópico, nada los detiene; viven con el Groenlandés; atraviesan con el Tartaro y el Iroques inmensas soledades; montan en el dromedario del Árabe; siguen al Cafre errante por en medio de sus abrasadores desiertos, el Chino, el Japonés, el Indio son sus neófitos; no hay isla, no hay roca del Océano á que no extiendan su celo, y así como en otro tiempo faltaban reinos á la ambición de Alejandro, hoy falta tierra á la caridad de los misioneros. ¡ Y á cuántos piadosos engaños, á cuántas santas astucias, no se ven forzados á recurrir para anunciar á los hombres la verdad! En Madura adopta el traje de penitente indio y se sujeta á sus costumbres y austeridades repugnantes ó pueriles; en China se convierte en mandarin, letrado ó astrónomo; en cazador y en salvaje entre los Iroqueses. »

CAPÍTULO XIX

Japon.

Al llegar aquí, los pasos de los mercaderes europeos y de los misioneros nos conducen de nuevo hácia los pueblos antiquísimos del remoto Oriente, que desde aquella época entraron en relaciones de amistad y enemistad con Europa.

No tiene rival en el mundo el archipiélago mas oriental del Asia, que se extiende entre los 126 y 148 grados de longitud oriental, y sube desde los veintinueve á los cuarenta y siete de longitud. Nosotros lo llamamos Japon, y los naturales *Nifon*, por el nombre de la isla principal que significa (*Niz pon*), base del fuego, lugar de donde el sol se levanta. Esta y las otras de Kiuchu y de Sikokf, en medio y alrededor de las cuales están esparcidas multitud de islas menores, forman el imperio del Japon. Los antiguos no lo conocían, y Marco Polo habló de él, llamándolo *Xipango*; despues, á mediados del siglo XVI, tres Portugueses arrojados á sus costas por la tempestad, lo descubrieron, no tardando los mercaderes en establecer allí bancos de comercio, y los misioneros en llevar las artes y la religion (1).

(1) KAMPER, *Historia del Japon*, en aleman. CHARLEVOIX, *Hist. du Japon*.

Brevis Japponia insulae descriptio, ac rerum a patribus Societatis Jesu gestarum succincla narratio. Colonia, 1580. Cartas del Japon y de la China en 1583-90, escritas al rev. vic. general de la C. de J. de Roma, 1591.

Actualmente se está publicando un *Voyage au Japon exécuté pendant les années 1823 à 1830, ou description physique, géographique et historique de l'empire japonais, de Jesso, des*

El mar que circunda al Japon es peligroso, el acceso difícil á causa de los muchos escollos, el clima agradable. La isla principal, sembrada de cráteres y conmovida por frecuentes temblores de tierra, abunda en manantiales que alimentan una robusta vegetación. El té crece allí sin necesidad de cultivo; los bambúes adquieren un tamaño gigantesco en las cañadas; la pimienta negra, el azúcar, el algodón, el añil, el jengibre, el laurel indio, el árbol del alcanfor y del barniz alternan con el alerce, el ciprés y el sauce lloron de los climas templados. La estación cálida es interrumpida por frecuentes huracanes; en seguida las lluvias se suceden durante algunos meses, cambiándose luego en nieves. Las entrañas de la tierra son tan pródigas en oro y plata, que para que no desmerezcan estos metales, se ha limitado su excavación: allí se usa el cobre en vez del hierro, y se obtiene con abundancia mercurio, azufre, betún y carbon fósil.

Mientras el buzo arranca de los abismos del mar la madre de la perla mas hermosa de Anfitrite, millones de campesinos cuidan de que no quede sin cultivo un palmo de tierra, crían el gusano de seda y trabajan los estambres. Hay pocos caballos, y estos pequeños; el jabalí y la cabra están desterrados de su territorio, como perniciosos á la agricultura; el carnero es superfluo, por la abundancia de la seda, y ayudan al labrador ciertas vacas pequeñas y búfalos jibosos. Un rey, llevado de su gusto particular, introdujo allí una inmensa cantidad de perros. Veneran la grulla, como nuncio de felices auspicios, y la pintan en las murallas, en los templos, en el palacio. Las damas aprecian mucho la mosca nocturna, mariposa de elegantísimas alas matizadas de azul y de oro, de la cual (según cantan sus poetas) se prendan todos los insectos nocturnos y la requieren de amores: ella, para librarse de sus importunidades, los envía á buscar el fuego, y los insectos dan vueltas en torno de la luz, hasta que al cabo se consumen.

El pueblo numerosísimo (1), bello, ágil y vigoroso, de color aceitunado, estatura ménos que mediana, cabeza ancha, cuello corto, nariz chata, rostro mal proporcionado y sin pelo de barba, ojos mas oblongos que en ninguna otra raza y protegidos por cejas espesas y altas, parece una mezcla de Chinos y Manchúes; pero su idioma no conserva mas que unas cuantas voces chinas y ménos aun manchúes ni tártaras, no es monosílaba, y tiene sintaxis y conjugación originales. En otro sitio hemos hablado de su escritura (2). Seis siglos ántes de Jesucristo esculpian las monedas del imperio y los árboles genealogías de las familias principales; pero hasta 1206 no introdujeron la imprenta para los

iles Kuriles meridionales, de Krafsto, de la Corée, des iles Liu-kiu, etc., de Pu. Fr. SEBOLD, con explicaciones del señor Hoffmann sobre cuanto pertenece á la historia y á las relaciones con la China.

(1) Kamper contaba allí 13,000 ciudades y 900,838 aldeas. (2) Tom. I, pág. 798.

libros de los buddistas. Rivalizan con los Chinos en el arte de representar exactamente los objetos naturales: los superan en dar á la porcelana la forma de vasos desmesurados, y en templar el acero.

Por miedo á los frecuentes temblores de tierra, construyen las casas de un solo piso, formando la armazón de vigas de cedro y paredes de tablas barnizadas de un blanquísimo esmalte. Visten sedas de colores claros, con flores y arabescos, y fabrican por sí mismos las telas y los adornos. Se raen la mitad de la cabeza, reúnen los cabellos restantes en la coronilla, y cuando van de viaje se envuelven en grandes hojas untadas de aceite, sin soltar nunca el abanico: su aseo es tal que les mueve el estómago la poca limpieza de los Europeos. Al saludar, se inclinan repetidas veces hasta el suelo; si se les injuria, no responden una palabra, pero su cuchillo se encarga de vengar la afrenta, cuando ménos se espera.

Acostumbran, como los Chinos, visitar los sepulcros, y son usos comunes de ambas naciones la fiesta de las linternas, los recursos dramáticos y las danzas voluptuosas. Tienen una sola mujer y muchas concubinas, que no celan tan cuidadosamente. Para casarse, la esposa de pié junto al altar enciende una luz, y en ella el novio enciende otra; despues ella arroja al fuego los juguetes de su infancia. Las casadas creen que las hormosea arrancarse las cejas y teñirse los dientes de un negro brillante. Cuando se les repudia, deben llevar la cabeza rapada. La prostitución tiene algo de religiosa, desde que el último pontífice soberano se ahogó, huyendo del kubo, y las mujeres que componian su corte, quedándose sin pan, lo ganaron por medio de aquel torpe tráfico.

Según parece, la China, por los tiempos en que se constituyó en monarquía, redujo el Japon á ser colonia suya, y asociando los Japoneses su civilización primitiva con la que les llevaron los Chinos, su impetuosa ferocidad con la mansedumbre de estos, su lengua polisílaba con la monosilábica de la China, las palabras indígenas con la construcción extranjera y con la declinación al estilo de los Tartaros, resultó una mezcla que hace aparecer aun mas extraño á aquel pueblo, que lo era ya en extremo por sus dos idiomas, uno reservado para la política, las leyes, la religion, la literatura, las ciencias, y el otro destinado á los diferentes oficios y á los usos populares; por sus dos constituciones, con la potestad eclesiástica al lado de la temporal; por el pundonor, aun mas sutil que en nuestros duelos, pues un Japonés que ha sido ultrajado desafía á su enemigo á destrozarse el vientre, al mismo tiempo que él.

Aunque estacionarios como los Chinos, son mas robustos, tienen un ingenio mas agudo y vivo, gran corazón y mas disposición para la libertad civil. Pero como pesa sobre ellos una servidumbre absoluta, su misma energía los ha arrastrado al delito, de suerte que con dificultad

se hallará un pueblo mas atroz en sus venganzas y mas facineroso. Se han dictado leyes sanguinarias á fin de reprimirlo, y las acciones están todas ajustadas á reglas severas: de cada cinco jefes de familia, uno ejerce el cargo de magistrado respecto de los demas; la familia entera es castigada por el delito de uno de sus individuos, y especialmente las mujeres por el que cometan sus maridos; todo está dispuesto de una manera propia para excitar aquella reciproca desconfianza, que es el peor y mas necesario arreo de la tiranía, y que la perpetúa.

La historia del Japon empieza por los siete grandes espíritus celestes (*Sen-sinsita-dei*) que reinaron millones de años: el último tuvo amores con una mujer, de la cual nacieron los únicos grandes dioses terrestres (*Dsia-sin-goodai*). Seiscientos sesenta años ántes de Jesucristo se presentó en el país Sin-mu, el guerrero divino con la cabeza de buey, que ocupó el trono á los setenta y ocho años, y reinó otros tantos: en él principia la era de los Japoneses llamada *Nin-o*. Su nombre indica que era extranjero, siendo probable que emigrara de la China, mientras que luchaban allí las sectas en tiempo de Cheu. Determinó la duración del año, dividido según las lunas, de modo que unas veces empieza en febrero, otras en marzo, y se intercalan siete meses cada diez y nueve años; dió leyes y comenzó la serie de los dairs ó emperadores religiosos, que duraron hasta 1585, mirados por los súbditos como dioses en autoridad y poder. El dairi sería profanado si tocase con los piés el suelo, por lo cual los nobles le llevan sobre sus hombros; el aire exterior no debe refrescar su rostro, ni el sol ofender con los rayos su sagrada majestad. No le han de servir dos veces los mismos vestidos, muebles y vasos; se reputaría sacrilegio cortarles los cabellos ó las uñas mientras está despierto; además, hubo tiempo en que debía permanecer todas las mañanas algunas horas inmóvil en el trono, con la diadema puesta, creyéndose esto necesario para la paz, hasta que se libró de tal molestia atribuyendo el mismo efecto á la corona colocada en el asiento imperial, y á la verdad, en el mundo la corona sola bastaria frecuentemente para hacer lo propio que el que la cenía. Una vez muerto, los ministros le destinaban por sucesor al mas próximo heredero, cualquiera que fuere su edad ó sexo.

La historia del Japon, desde 660 ántes de Jesucristo hasta el año 400 de la era vulgar, menciona apenas diez y siete emperadores, todos oriundos de un mismo tronco, y poquísimos sucesos. Uno es la guerra de los Yet y de los Go; otro una erupción volcánica que en el término de una noche formó el gran lago de Biwa-nomi. Se hizo creer á Tsin-schi-vang-ti, emperador de la China, que crecía en el Jappn la yerba de la inmortalidad, y que para cogerla se necesitaban trescientos pares de jóvenes. El asutó médico, habiendo conseguido que se pusiese á sus órdenes este número de individuos se